1

El viaje desde el aeropuerto de Sheremétievo fue, más que veloz, meteórico. Aquel Lada 1600 de color azafranado, primo lejano del Seat 124 que se había popularizado entre la clase media española en la década anterior, cruzaba las amplias avenidas casi de puntillas, como una bailarina del Bolshoi que atraviesa el escenario con movimientos ligeros y ensayados. La tarde moría y la capital del imperio socialista ofrecía un cuadro más y más triste a medida que la luz del día se desvanecía. No había ninguna lengua común entre el taxista y yo con la que poder comunicarnos, de modo que hicimos todo el trayecto sin abrir la boca, escuchando como hilo musical el sonido rítmico del limpiaparabrisas, que quitaba a manotazos el agua caída del cielo. Pese a la furia hídrica de aquel aguacero de verano, decidí darle unas vueltas a la manivela de la ventanilla para bajar un poco el cristal. Buscaba el aroma y los sonidos de una metrópolis que despertaba tanto interés, o tanto morbo, en los visitantes de Europa occidental. El asfalto destilaba un olor a humedad semejante al de las calles de París bajo la lluvia estival. Y, como en los versos de García Lorca, en ese momento me pareció estar «bajo un silencio con mil orejas y diminutas bocas de agua».

Al cabo de unos minutos llegamos a la Kuznetsky Most, una calle céntrica, con pavimento adoquinado y casas de aspecto funcional, compactas, como gigantescos armarios para guardar gente. El taxista dejó el coche en punto muerto y tiró con brusquedad de la palanca del freno de mano, que sonó como una matraca. Volvió la cabeza hacia mí, apuntó hacia el exterior igual que un autostopista y dijo:

—*Ispanski Zenter Moscovi.*

Miré de abajo arriba el edificio, intrigada, mientras le entregaba un billete morado de veinticinco rublos que saqué de la cartera. El hombre me dio la vuelta en un amasijo de billetes y monedas, se bajó del vehículo para abrir el maletero y sacó mi maleta de un tirón. La dejó sin mucho cuidado en el suelo bajo el diluvio moscovita y se despidió de mí levantando la palma de la mano con un gesto más protocolario que cordial.

—*Spasiva* —pronuncié de mala manera para darle las gracias mientras cerraba la puerta trasera del Lada, que arrancó como una flecha atacando el aguacero.

El portal, abierto, estaba en penumbra. Entré y palpé en la pared hasta dar con la llave de la luz, tan pequeña y fuera de mano que en ese momento me pareció el secreto mejor guardado de la Unión Soviética. Subí las escaleras y en el rellano aproveché para sacudir el agua de mi chaqueta, retocarme el pelo mojado y tratar de disfrazar el cansancio y el hastío del viaje que a buen seguro llevaba grabados en la cara. La puerta de entrada estaba flanqueada por un letrero bilingüe en ruso y en español, con la bandera roja y gualda de fondo, y un trozo de cartulina blanca, poco más grande que una tarjeta de visita, con una escueta indicación en castellano: *Toquen el timbre*. Llamé y sentí los pasos de alguien que se

avecinaba desde el otro lado. Abrió la puerta una mujer de una edad rayana a los treinta años, de melena larga y lisa, piel pálida y ojos negros, pequeños y redondos como caviar del Caspio. Sonrió con la dulzura de una muñeca *matrioska;* era la primera sonrisa que veía desde mi aterrizaje en Moscú.

—Buenas tardes, soy Libertad Casal. Estoy citada con el señor Andrés Tudela. Llego con un poco de retraso, vengo directamente del aeropuerto —le dije uniendo la presentación y la disculpa.

—Pase. Andréi es aquel, el que está sentado en la mesa del fondo, junto al ventanal —respondió la joven en un castellano más que correcto pero con una fonética más cercana al ruso—. Deje su equipaje ahí mismo, si quiere, donde el mostrador.

Llamó mostrador a la barra del bar. Sí, estaba claro que no era española. Aunque llegué a pensar que quizás usaba el término mostrador a propósito, que quizás era el que mejor encajaba con la ortodoxia soviética, con una concepción burocrática de la que no se libraban ni siquiera los establecimientos donde se despachaban bebidas. Caminé por el salón saludando a media voz a las ocho o nueve personas en edad de jubilación que allí había, supongo que todas ellas provenientes del éxodo republicano. Estaban repartidas en varias mesas, apurando la tarde entre la charla y las partidas de dominó y de ajedrez. Gobernaba la estancia un televisor grande y arcaico con aspecto de cachivache y, a pesar de que estaba encendido, emitiendo imágenes en blanco y negro, nadie le prestaba atención. Avancé con paso prudente hacia el anciano del fondo, que estaba jugando al solitario con una baraja española. La mirada marchita, las arrugas que llenaban de trincheras su rostro y la barba rasa y blanca como una estepa

nevada trazaban el minucioso mapa de una existencia que ya encaraba los días fríos del invierno.

—Tome asiento. Llega usted tarde —me regañó sin levantar la vista del tapete verde en el que estaba desplegando y apilando naipes sin demasiado criterio.

—Le ruego que me disculpe. El vuelo salió con media hora de retraso y después, ya sabe, la recogida del equipaje y el control de pasaportes… No he tenido tiempo siquiera de pasar por el hotel.

—¿De Gaulle?

—¿Cómo dice?

—¿No se llama Charles de Gaulle el aeropuerto desde el que ha viajado?

—Ah, sí. Vengo en vuelo directo París-Moscú, con Aeroflot. ¿Conoce usted Francia?

—No —respondió él acompañando el monosílabo con un movimiento de ida y vuelta con la cabeza—. No he salido de la Unión Soviética desde que llegué aquí, en 1939, después de perder la segunda guerra.

—¿La segunda guerra?

—Sí, la primera fue en Asturias, en octubre de 1934. Y de eso hace ya medio siglo, ¿verdad?

Fue en ese momento cuando estableció contacto visual conmigo, aguardando con un ápice de ansiedad que le confirmara las fechas y las cuentas de la derrota. Asentí con la cabeza y eché una vistazo a mi alrededor antes de preguntarle:

—¿Tiene mucho tiempo el Centro Español de Moscú?

—Vamos a cumplir veinte años. Al principio era la sede en Moscú del Partido Comunista de España, ¿sabe? Aquí compartí mil charlas y discusiones con Pasionaria, antes de

que ella regresara a España. ¿Tiene usted noticias de Dolores Ibárruri?

—Sé que vive en Madrid. Ahí sigue, bregando, camino de los noventa años.

—Ya. El tiempo es un enemigo imbatible —dijo con voz lánguida—. Por cierto, si quiere tomar algo pídaselo ya al camarada camarero, porque va haciéndose tarde.

«El camarada camarero.» Apreté los labios para reprimir la sonrisa. Me resultó simpático aquel fortuito juego de palabras, aunque no se me escapó el hecho de que su invitación quedaba a medio camino entre la cortesía y el apremio. Negué con la cabeza. El hombre que estaba limpiando con una bayeta la barra del bar nos echó una de esas miradas que dan a entender que ya está llegando la hora de empezar a recoger el local.

—Únicamente le voy a robar unos minutos, Andrés… ¿Cómo prefiere que le llame, Andrés o Andréi? —le pregunté, más que nada, para romper el hielo.

—Como usted prefiera. En Asturias, de *guaje,* me llamaban Andrés, pero al entrar en el partido pasé a ser Tudela y aquí todo el mundo me conoce ya como Andréi. Así que tiene usted para escoger.

Decidí llamarlo Andrés. Era su nombre original y los nombres de origen hay que respetarlos, porque alguien los busca para nosotros con todo el amor del mundo cuando venimos a la vida. Esa es al menos mi historia…

—Andrés, ya le informé, cuando hablamos por teléfono, del motivo de mi visita.

—Pero supongo que no habrá atravesado usted toda Europa solamente para hablar conmigo. No quisiera que se hubiera tomado tantas molestias para nada.

El comentario pretendía ser cortés, pero dejaba a las claras que el veterano comunista no tenía el propósito de revelarme información valiosa ni de ponerme al corriente de ningún hecho extraordinario. A pesar de ello, no me di por vencida.

—No, puede estar tranquilo —comenté—. En realidad, he venido para hacer unos reportajes que me ha encargado la revista para la que trabajo en Francia.

—¿Qué revista es?

—*Le Nouvel Observateur*. ¿La conoce?

—No, pero no ha de extrañarle. Aquí no llegan muchas noticias del otro lado de eso que a ustedes les gusta llamar *telón de acero.*

Su respuesta me sonó a puya ideológica propia de los mejores tiempos de la guerra fría, que ya empezaba a vivir la era del deshielo. Pero, ya fuera fría o caliente, nunca había sido mi guerra, así que no le di mayor importancia.

—Es un semanario cultural y político —le informé sin entrar en detalles—. Mañana viajaré a Stávropol, la ciudad en la que nació el nuevo secretario general del PCUS.

—Mijail Sergueyévich Gorbachov —recitó el nombre con solemnidad, aunque no me quedó claro si aquella solemnidad era una cuestión meramente cultural o reflejaba la afinidad ideológica con el personaje.

—¿Qué opina de él? En Francia se dice que trae ideas nuevas.

—¿Nuevas para quién? ¿Para ustedes o para nosotros? —preguntó el otrora comisario político sin esperar respuesta—. Lo que yo pudiera opinar no creo que sea relevante. Además, dejé de opinar el mismo día en que llegué a la URSS. En los tiempos de Stalin no resultaba muy saludable tener opinión propia. Los que tenían opiniones propias acababan

predicándolas en un *gulag* de Siberia, en el menos malo de los casos. Lo mejor era no meterse en los asuntos del Estado, aunque el problema es que asuntos del Estado eran todos. No fueron tiempos fáciles, créame.

Con una simultaneidad casi mecánica, los ocupantes de las dos mesas más cercanas a nosotros comenzaron a recoger las fichas de dominó y las piezas de ajedrez. Acabada la tregua de la partida, parloteaban y reían, mezclando el ruso y el español en su conversación sin orden ni concierto.

—¿Y bien? —preguntó el asturiano apurándome—. ¿Qué quiere que le cuente? Entre lo que nunca supe y lo que ya he olvidado, me temo que no voy a serle de gran ayuda para ese asunto que está usted investigando.

—Deje, por favor, que al menos lo intente. Solamente quería conocer su versión de lo que pasó aquel día. Porque estaba usted en la Ciudad Universitaria de Madrid en aquella fecha…

—Sí, eso aún lo recuerdo como si hubiera ocurrido ayer. El 19 de noviembre de 1936, a la una de la tarde, más o menos. Yo acompañaba a un equipo de filmación del PCUS que un par de horas antes le había hecho una pequeña entrevista, la última entrevista de su vida. Y voy a decirle más, aunque supongo que usted hace bien su trabajo y ya estará al corriente de eso: yo fui una de las últimas personas que habló con él antes de que lo tumbara aquella bala.

Sí, estaba al corriente de eso. Guardé silencio, con la frágil esperanza de que el viejo militante del PCE, sin nada ya que perder a esas alturas de la vida, siguiera hablando por propia iniciativa. Pero no lo hizo. Era evidente que aquel hombre sabía bien hasta dónde conviene contar y a partir de dónde es conveniente callar.

—¿Y de qué hablaron ustedes? —le pregunté al ver que su relato se quedaba estancado.

—Solo intercambiamos unas palabras. No fue en el momento de la filmación, sino más tarde. Coincidimos de nuevo en la glorieta de Cuatro Caminos. Los vi llegar en coche, a él y a otros dos de la CNT, y les hice una señal para que pararan un momento. Yo tenía informes de cómo estaban las cosas un poco más adelante, en primera línea de fuego, porque en aquel sector también estaban combatiendo comunistas de las Brigadas Internacionales. Les avisé de que tuvieran cuidado. En las plantas altas del Hospital Clínico quedaba algún francotirador fascista con capacidad para hacer daño.

—¿Qué le dijo él?

—Nada. Asintió para hacer ver que se daba por enterado, me dio las gracias y su coche y el coche de su escolta retomaron la marcha a gran velocidad. Él no era amigo de seguir consejos de gente ajena a su columna, y menos aún si esos consejos venían de un comisario político del Partido Comunista. Además…

—¿Sí? —lo animé a acabar la frase.

Andrés Tudela cogió aire para llevarlo con urgencia a los pulmones. Parecía que aquella conversación lo estaba agotando, o agobiando, no sabría decirlo. Después aún se tomó unos segundos antes de responder.

—Pues que a mí Durruti siempre me pareció un hombre temerario —opinó—. *U straja glazá vilikí.*

—¿Qué significa? —le pregunté ante aquellos sonidos tan alejados de mi registro fonético.

—Es un refrán ruso. Significa que el miedo tiene los ojos grandes. Y unos ojos grandes vigilan más que unos pequeños, ¿no le parece? Durruti tenía más cojones que el caballo de Es-

partero, pero los hombres valiosos han de saber hasta dónde tienen derecho a ser valerosos.

—No entiendo lo del caballo, Andrés…

—Ah, perdone. Es un dicho castizo. ¿Pero usted no es española?

—Sí y no. La mía es una larga historia —le dije esforzándome en que la maniobra de evasión sobre mis orígenes no resultara evidente.

—Bueno, el dicho es por una estatua ecuestre de bronce que hay en Madrid, dedicada al general Espartero. Y resulta que su caballo los tiene muy grandes, ya me entiende.

—Sí, ya le entiendo.

—Pues eso, que Durruti era un hombre valioso, no se lo voy a negar, pero si algo me ha enseñado la vida es que a la muerte no hay que temerla ni buscarla, simplemente hay que esperarla.

Más que aquella disertación filosófica sobre la vida y la muerte, me impactó que hablara de la valía y del valor como las dos caras de una misma moneda. O como dos vasos comunicantes. O como los dos platos de una balanza. O como dos antagonistas. ¿Quién podría imaginar que una reflexión que empezaba citando los atributos genitales de una estatua ecuestre iba a tener un epílogo tan poco mundano como aquel?

—Dígame una cosa más, solo una cosa más… —añadí, consciente de que se agotaba mi tiempo.

—No tengo ni la menor idea —se apresuró a contestar Andrés Tudela sin dejarme siquiera que lanzara la frase.

—¿Perdón? —pregunté desconcertada.

—Le acabo de responder a la pregunta que estaba usted a punto de hacerme.

—¿Pero es que sabe lo que iba a preguntarle?

Lo miré fijamente. Traté de leer en su mente, como él había hecho en la mía. Pero fue inútil, su mente estaba escrita en cirílico.

—Sí, señora —respondió con seguridad—. Usted quiere saber quién mató a Buenaventura Durruti. Y yo no tengo la menor idea. O quizás sí que lo sé: lo mató la guerra. La guerra, que ha acabado con más de cien millones de vidas en lo que llevamos de siglo. Durruti fue una más de esas víctimas, tantas, muchas, demasiadas… Le tocó a él aquel día como podía haberme tocado a mí en Trubia, en Madrid o en Leningrado después. Llámelo suerte, azar, casualidad, destino o lo que le apetezca. Pero da igual cómo lo llame, lo importante es que tiene usted ahí la respuesta.

Guardé silencio, abrumada, reducida a la nada en ese instante. Él, ajeno a mi perplejidad, se puso a recoger, una a una, las cartas que había esparcido por la mesa y cuando tuvo el mazo completo lo sujetó con una goma y lo dejó en una esquina, al borde, donde la mesa ya casi daba paso al precipicio. En la televisión que nadie miraba comenzó a sonar el himno soviético acompañando unas imágenes patrióticas de militares que desfilaban, tiesos como espátulas, al paso de la oca y banderas rojas con la hoz y el martillo en amarillo ondeando al viento a cámara lenta. Los últimos sones dieron paso a un fundido en negro y el aparato enmudeció por completo.

—Terminan pronto las emisiones televisivas aquí, ¿no? —comenté. Fue un apunte insustancial, me sentía desubicada por el cansancio de viaje.

—No, no se engañe. Acaban las emisiones para la Rusia central, pero en otras repúblicas siguen. Tenga en cuenta que esta es la nación más grande del mundo y cuando en un extremo es mediodía, en el otro van camino de la medianoche.

—Es un país grande este. Y supongo que también es un gran país.

Un comentario absurdo para solapar un comentario insulso. No estaba fina aquel día.

—Lo fue. En algún momento. A su manera —respondió encadenando frases a medio formular, como si quisiera que yo imaginara aquello que faltaba—. ¿De verdad cree que tiene alguna importancia saber quién mató a Durruti? Aquello queda muy lejos. Ha pasado mucha agua bajo el puente desde entonces.

—Para mí sí tiene importancia. Y quiero creer que para más gente —me justifiqué en un tono que pudo haber sonado altanero.

—¿Para quién más? ¿Para sus lectores parisinos? ¿Cuánta gente entregó la vida en la Resistencia, luchando contra los nazis durante la ocupación de Francia? ¿Cuántos muertos, propios y ajenos, dejó el Gobierno de De Gaulle en las guerras coloniales de Argelia, Camerún e Indochina? ¿Tiene intención de investigar cómo murió cada uno de ellos?

Touché!, como nos gusta decir a los franceses. Estaba perdiendo aquel combate de esgrima dialéctica. Pero no solté aún el florete.

—Durruti era una de las figuras hegemónicas del bando republicano —le recordé—. ¿No cree que merece la pena intentar descubrir al menos si la bala que lo mató venía de las líneas enemigas o no?

—Si yo ya sé dónde quiere llegar usted… Piensa que lo matamos los comunistas, que Stalin dio la orden de acabar con él. Pues le diré una cosa: Stalin ordenó muchas muertes, aquí y en España, pero la de Durruti no fue una de ellas.

—Es una de las teorías que se manejaron.

—Y también se manejaron otras. Por ejemplo, que realmente lo mató una bala enemiga, porque aquel sector estaba infestado de tropas moras. O que murió por accidente al dispararse su Naranjero, aquellos subfusiles eran poco fiables. O que lo asesinaron los propios anarquistas, algunos de ellos ya intuían el giro de los acontecimientos.

—¿A qué se refiere?

—A la militarización de la Columna Durruti. Yo sospecho que él iba a acabar aceptándolo, aunque traicionara con eso sus principios de anarquista. Porque sabía, de igual modo que lo sabíamos los comunistas, que lo primero, lo más importante, era derrotar al fascismo, y a partir de ahí que cada cual defendiera lo suyo. Y a las milicias anarquistas les faltaban cosas tan importantes como la disciplina, el orden y el rango.

—De hecho, las columnas confederales acabaron integrándose en el ejército.

—Sí, era necesario e inevitable. Medio año después de su muerte, la Columna Durruti pasó a ser la 26.ª División del Ejército Popular de la República.

Dejó de hablar en ese momento. Ya solo quedábamos en la sala el camarero, Andrés y yo. Un silencio mudo y sordo, sin orejas, se sumó a nosotros. Encogí los hombros en una respuesta mímica. Era mi forma de reconocer y de aceptar que no iba a lograr más información que aquella. Supongo que el viejo comunista fue consciente de mi cambio de actitud, porque esbozó una sonrisa espaciosa, de alivio. Al oír pasos levantó la cabeza, dirigió hacia el fondo del salón su mirada vaporosa y exclamó:

—¡Ahí viene Varinka! Es mi nieta, va a llevarme a casa.

Con cierta sorpresa, descubrí que Varinka no era otra que la mujer con ojos de caviar que me había abierto la puerta

unos minutos antes, así que crucé con ella una segunda sonrisa cuando llegó a nuestra mesa.

—Encantada —le dije.

—Varinka es periodista, como usted —me informó Andrés—. Bueno, como usted no… En la Unión Soviética el periodismo se ejerce de forma distinta. Los periodistas aquí no se molestan en buscar la verdad, saben que hay cosas más importantes. La verdad es un concepto etéreo y dúctil, cambia de color, de forma y de bando con facilidad. ¿No cree?

Arqueé las cejas. El cansancio, convertido ya en agotamiento, de aquella larga jornada que había comenzado librando batalla por coger un taxi en la hora punta matinal de París hizo que no me planteara romper una lanza o siquiera una astilla en defensa de mi oficio.

—¿Dónde trabaja usted, Varinka? —le pregunté a la mujer de apariencia seráfica.

—En Radio Moscú Internacional, en el servicio de emisiones en español.

El viejo comunista se levantó con movimientos torpes, apoyando las manos en la mesa para hacer palanca, y abortó aquella conversación naciente entre nosotras.

—Tenemos que irnos, Libertad. ¿Quiere usted que la acerquemos en coche a su hotel?

—Pues, no sé… Si no les supone una molestia.

—¿Dónde se aloja? —preguntó él.

—En el Maksim Gorki.

Abuelo y nieta pronunciaron unas cuantas frases en ruso, citando dos o tres veces el nombre de mi hotel, como si trataran de ponerse de acuerdo sobre la ubicación o sobre la ruta que había que seguir.

—No hay problema. Prácticamente nos coge de camino —anunciaron Varinka y su sonrisa perenne.

—Que no se diga que los moscovitas no somos gente hospitalaria con los visitantes —añadió Andrés Tudela ejerciendo casi de guía turístico—. Y dígame, ¿qué impresión le ha causado Moscú?

—No podría responderle a esa pregunta todavía —le mentí, no quería decirle que la ciudad me resultaba a primera vista deprimente—. He venido directamente desde el aeropuerto y el taxista conducía como un piloto de carreras. Además, se puso a llover a mares.

—Ah, sí, señora, la lluvia de agosto. Le parecerá extraño, pero agosto es el mes en el que más llueve en Moscú.